

Nicolás Guillén

La paloma de vuelo popular

Losada



**Biblioteca
clásica
y contemporánea**



Guillén, Nicolás:

La paloma de vuelo popular. Elegías.

Buenos Aires: Ed. Losada, 2ª ed., Biblioteca clásica y
contemporánea

1965, 157 p.

1ª ed. 1958.

Cuño de N.Guillén.

LA PALOMA DE VUELO POPULAR

ELEGÍAS



NICOLÁS GUILLÉN

LA PALOMA
DE VUELO POPULAR
ELEGÍAS

SEGUNDA EDICIÓN

Nicolás Guillén

EDITORIAL LOSADA, S. A.
BUENOS AIRES

Edición expresamente autorizada para la
BIBLIOTECA CLÁSICA Y CONTEMPORÁNEA

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

*Marca y características gráficas registradas en la
Oficina de Patentes y Marcas de la Nación*

© Editorial Losada, S. A.
Buenos Aires, 1958

Primera edición: 23 - XII - 1958

Segunda edición: 28 - VI - 1965

Impreso en la Argentina - Printed in Argentine

Este libro se terminó de imprimir
el 28 de junio de 1965
en las prensas de GRAFICOLOR S. R. L.
Doblas 850 - Buenos Aires - Argentina.

C 81.1.1

LA PALOMA DE VUELO POPULAR

ARTE POÉTICA

CONOZCO la azul laguna
y el cielo doblado en ella.
Y el resplandor de la estrella.
Y la luna.

En mi chaqueta de abril
prendí una azucena viva
y besé la sensitiva
con labios de toronjil.

Un pájaro principal
me enseñó el múltiple trino.
Mi vaso apuré de vino.
Sólo me queda el cristal.

¿Y el plomo que zumba y mata?
¿Y el largo encierro?
¡Duro mar y olas de hierro,
no luna y plata!

El cañaveral sombrío
tiene voraz dentadura.

¡Que sepa el astro en su altura
de hambre y frío!

Se alza el foete mayoral.
Espaldas hiere y desgarrar.
Ve y con tu guitarra
dilo al rosal.

Dile también del fulgor
con que un nuevo sol parece:
en el aire que la mece,
que aplauda y grite la flor.

UN LARGO LAGARTO VERDE

POR el Mar de las Antillas
(que también Caribe llaman),
batida por olas duras
y ornada de espumas blandas,
bajo el sol que la persigue
y el viento que la rechaza,
cantando a lágrima viva
navega Cuba en su mapa:
un largo lagarto verde,
con ojos de piedra y agua.

Alta corona de azúcar
le tejen agudas cañas;
no por coronada libre,
sí de su corona esclava:
reina del manto hacia afuera,
del manto adentro, vasalla,
triste como la más triste
navega Cuba en su mapa:
un largo lagarto verde,
con ojos de piedra y agua.

Junto a la orilla del mar,
tú que estás en fija guardia,
fíjate, guardián marino,
en las puntas de las lanzas
y en el trueno de las olas
y en el grito de las llamas
y en el lagarto despierto
sacar las uñas del mapa:
un largo lagarto verde,
con ojos de piedra y agua.

C A Ñ A V E R A L

UNA paloma me dijo
que volando sobre Cuba,
oyó en un cañaveral
esta décima montuna:

—Dulce caña me provoca
con su jugo azucarado,
el cual después de probado
siempre es amargo en la boca.
Herir la caña me toca,
mas el destino es tan fiero,
que al golpearla con mi acero
ella todo el bien recibe,
pues que de mi golpe vive
y yo de su sangre muero.

DEPORTES

¿Qué sé yo de boxeo,
yo, que confundo el *jab* con el *upper cut*?
Y sin embargo, a veces
sube desde mi infancia
como una nube inmensa desde el fondo de un valle,
sube, me llega Johnson,
el negro montañoso,
el *dandy* atlético magnético de betún.
Es un aparecido familiar,
melón redondo y cráneo,
sonrisa de abanico de plumas
y la azucena prohibida
que hacía rabiar a Lynch.

O bien, si no, percibo un rayo de la gloria
de Wills y Carpentier; o de la gloria
de Sam Langford... Gloria de cuando ellos
piafaban en sus guantes, relinchaban,
altos los puros cuellos,
húmedo el ojo casto
y la feroz manera

de retozar en un pasto
de sogas y de madera.

Mas sobre todo, pienso
en Kid Charol, el gran rey sin corona,
y en Chocolate, el gran rey coronado,
y en Black Bill, con sus nervios de goma.
Yo, que confundo el *jab* con el *upper cut*,
canto al cuero, los guantes,
el *ring*. . . Busco palabras,
las robo a los cronistas deportivos
y grito entonces: ¡Salud, músculo y sangre,
victoria vuestra y nuestra!
Héroes también, titanes.
Sus peleas
fueron como claros poemas.
¿Pensáis tal vez que yo no puedo decir tanto,
porque confundo el *jab* con el *upper cut*?
¿Pensáis que yo exagero?
Junto a los yanquis y el francés,
los míos, mis campeones,
de amargos puños y sólidos pies,
son sus iguales, son
como espejos que el tiempo no empaña,
mástiles másculos donde también ondea
nuestra bandera al fúlgido y álgido viento que sopla
en la montaña

¿Qué sé yo de ajedrez?
Nunca moví un alfil, un peón.
Tengo los ojos ciegos
para el álgebra, los caracteres griegos
y ese tablero filosófico
donde cada figura es
una interrogación.

Pero recuerdo a Capablanca, me lo recuerdan.
En los caminos
me asaltan voces como lanzas.

—Tú, que vienes de Cuba, ¿no has visto a Capablanca?
(Yo respondo que Cuba
se hunde en los ríos como un cocodrilo verde.)

—Tú, que vienes de Cuba, ¿cómo era Capablanca?
(Yo respondo que Cuba
vuela en la tarde como una paloma triste.)

—Tú, que vienes de Cuba, ¿no vendrá Capablanca?
(Yo respondo que Cuba
suena en la noche como una guitarra sola.)

—Tú, que vienes de Cuba, ¿dónde está Capablanca?
(Yo respondo que Cuba es una lágrima.)

Pero las voces me vigilan,
me tienden trampas, me rodean
y me acuchillan y desangran;
pero las voces se levantan
como unas duras, finas bardas;
pero las voces se deslizan
como serpientes largas, húmedas;
pero las voces me persiguen
como alas...

Así, pues, Capablanca
no está en un trono, sino que anda,
camina, ejerce su gobierno
en las calles del mundo.

Bien está que nos lleve
de Noruega a Zanzíbar,
de Cáncer a la nieve.
Va en un caballo blanco,
caracoleando
sobre puentes y ríos,
junto a torres y alfiles,
el sombrero en la mano
(para las damas).

la sonrisa en el aire
(para los caballeros)
y su caballo blanco
sacando chispas puras
del empedrado...

CANCIÓN DE CUNA PARA DESPERTAR A UN NEGRITO

*Dórmite, mi nengre,
mi nengre bonito...*

E. BALLAGAS.

UNA paloma
cantando pasa:
—¡Upa, mi negro,
que el sol abrasa!
Ya nadie duerme,
ni está en su casa;
ni el cocodrilo,
ni la yaguaza,
ni la culebra,
ni la torcaza...
Coco, cacao,
cacho, cachaza,
¡upa, mi negro,
que el sol abrasa!

Negrazo, venga
con su negraza.
¡Aire con aire,

que el sol abrasa!
Mire la gente,
llamando pasa;
gente en la calle,
gente en la plaza;
ya nadie queda
que esté en su casa...
Coco, cacao,
cacho, cachaza,
¡upa, mi negro,
que el sol abrasa!

Negrón, negrito,
ciruela y pasa,
salga y despierte,
que el sol abrasa;
diga despierto
lo que le pasa...
¡Que muera el amo,
muera en la brasal
Ya nadie duerme,
ni está en su casa:
¡coco, cacao,
cacho, cachaza,
upa, mi negro,
que el sol abrasa!

LA MURALLA

A Cristina Ruth Agosti

PARA hacer esta muralla,
traíganme todas las manos:
los negros, sus manos negras,
los blancos, sus blancas manos.

Ay,
una muralla que vaya
desde la playa hasta el monte,
desde el monte hasta la playa, bien,
allá sobre el horizonte.

—¡Tun, tun!
—¿Quién es?
—Una rosa y un clavel...
—¡Abre la muralla!

—¡Tun, tun!
—¿Quién es?
—El sable del coronel...
—¡Cierra la muralla!

—¡Tun, tun!
—¿Quién es?

—La paloma y el laurel...

—¡Abre la muralla!

—¡Tun, tun!

—¿Quién es?

—El alacrán y el ciempiés...

—¡Cierra la muralla!

Al corazón del amigo,
abre la muralla;
al veneno y al puñal,
cierra la muralla;
al mirto y la yerbabuena,
abre la muralla;
al diente de la serpiente,
cierra la muralla;
al ruiñeñor en la flor,
abre la muralla...

Alcemos una muralla
juntando todas las manos;
los negros, sus manos negras,
los blancos, sus blancas manos.
Una muralla que vaya
desde la playa hasta el monte,
desde el monte hasta la playa, bien,
allá sobre el horizonte...

EL BANDERÓN

Como un puñal, como un arpón,
el banderón americano
en tu costado de carbón.
Sucio de sangre el banderón.
Un yanqui allí, látigo en mano.

En la sombría plantación
donde tu voz alzas en vano
y te exprimen el corazón,
sé que sofoca tu canción
un yanqui allí, látigo en mano.

Sé de la bala en el pulmón
y del capitán inhumano
y de la nocturna prisión.
Arde el violento barracón.
Un yanqui allí, látigo en mano.

Rojo descende de su avión
míster Smith, un cuadrumano
de la selva de Guasintón.
Hay coctel en la legación.
Un yanqui allí, látigo en mano.

Será tal vez una ilusión,
tal vez será un ensueño vano,
mas veo rodar el banderón
y arder al viento tu canción,
puesta en el mástil por tu mano.

CASA DE VECINDAD

SOLA, sobre su ola de parado coral,
Antillilandia vive,
esperando el trompetazo del Juicio Inicial.

Casa de Vecindad, patio del Mar Caribe,
donde los inquilinos se juntan
bajo la luna, para charlar de sus cosas;
donde hay ya negros que preguntan
y mujeres que asesinaron sus mariposas.
Onda negribermeja
de obreros de agria ceja
y niños con la cara vieja,
heridos por el ojo fijo del policía.
Tierra donde la sangre ensucia el día
y hay pies en detenida velocidad de salto
y gargantas de queja y no de grito
y gargantas de grito y no de queja
y voces de cañaverales en alto
y lo que se dice y no está escrito
y todo lo demás que ya sabremos
a medida que andemos.

Casa de vecindad, patio del Mar Caribe,

con mi guitarra de áspero son,
aquí estoy, para ver si me saco del pecho
una canción.

Una canción de sueño desatado,
una simple canción de muerte y vida
con que saludar el futuro ensangrentado,
rojo como las sábanas, como los muslos, como el
lecho .
de una mujer recién parida.

LA POLICÍA

La policía
(paso de alfombra
y ojo de gato)
mira en la sombra.

Vigila el gato.
(Pasa una sombra).
La policía
se hunde en la alfombra.

¡La policía!
¡Alza la alfombra!
¡Mata el gato
que está en la sombra!

EXILIO

El Sena
discurre circunspecto;
civilizada linfa
que saluda en silencio,
sacándose el sombrero.
Mi patria en el recuerdo
y yo en París clavado
como un blando murciélago.
¡Quiero
el avión que me lleve,
con sus cuatro motores
y un solo vuelo!

Brilla sangre en el pecho
de esa nube que pasa
lenta, en el bajo cielo.
Va de negro. La hieren
cuatro cuchillos nuevos.
Viene del Mar Caribe,
pirata mar caníbal,
duro mar de ojos ciegos

y asesinado sueño.
¡Volver con esa nube
y sus cuatro cuchillos
y su vestido negro!

CANCIÓN PUERTORRIQUEÑA

¿Cómo estás, Puerto Rico,
tú de socio asociado en sociedad?
Al pie de cocoteros y guitarras,
bajo la luna y junto al mar,
¡qué suave honor andar del brazo,
brazo con brazo, del Tío Sam!
¿En qué lengua me entiendes,
en qué lengua por fin te podré hablar,
si en yes,
si en sí,
si en bien,
si en well,
si en mal,
si en bad, si en very bad?

Juran los que te matan
que eres feliz... ¿Será verdad?
Arde tu frente pálida,
la anemia en tu mirada logra un brillo fatal;
masticas una jerigonza
medio española, medio *slang*;
de un empujón te hudieron en Corea,
sin que supieras por quién ibas a pelear,

si en yes,
si en sí,
si en bien,
si en well,
si en mal,
si en bad, si en very bad!

Ay, yo bien conozco a tu enemigo,
el mismo que tenemos por acá,
socio en la sangre y el azúcar,
socio asociado en sociedad:
United States and Puerto Rico,
es decir New York City with San Juan,
Manhattan y Borinquen, sogá y cuello,
apenas nada más...

No yes,
no sí,
no bien,
no well,
sí mal,
sí bad, sí very bad!

LITTLE ROCK

A *Enrique Amorim*

UN *blue* llora con lágrimas de música
en la mañana fina.

El Sur blanco sacude
su látigo y golpea. Van los niños
negros entre fusiles pedagógicos
a su escuela de miedo.

Cuando a sus aulas lleguen,
Jim Crow será el maestro,
hijos de Lynch serán sus condiscípulos
y habrá en cada pupitre
de cada niño negro,
tinta de sangre, lápices de fuego.

Así es el Sur. Su látigo no cesa.

En aquel mundo faubus,
bajo aquel duro cielo faubus de gangrena,
los niños negros pueden
no ir junto a los blancos a la escuela.
O bien quedarse suavemente en casa.
O bien (nunca se sabe)

dejarse golpear hasta el martirio.
O bien no aventurarse por las calles.
O bien morir a bala y a saliva.
O no silbar al paso de una muchacha blanca.
O en fin, bajar los ojos yes,
doblar el cuerpo yes,
arrodillarse yes,
en aquel mundo libre yes
de que habla Foster Tonto en aeropuerto y
aeropuerto,
mientras la pelotilla blanca,
una graciosa pelotilla blanca,
presidencial, de golf, como un planeta mínimo,
rueda en el césped puro, terso, fino,
verde, casto, tierno, suave, yes.

Y bien, ahora,
señoras y señores, señoritas,
ahora niños,
ahora viejos peludos y pelados,
ahora indios, mulatos, negros, zambos,
ahora pensad lo que sería
el mundo todo Sur,
el mundo todo sangre y todo látigo,
el mundo todo escuela de blancos para blancos,
el mundo todo Rock y todo Little,
el mundo todo yanqui, todo Faubus...

Pensad por un momento,
imaginadlo un solo instante.

RÍOS

TENGO del Rin, del Ródano, del Ebro,
tengo los ojos llenos;
tengo del Tíber y del Támesis,
tengo del Volga, del Danubio,
tengo los ojos llenos.

Pero yo sé que el Plata,
pero yo sé que el Amazonas baña;
pero yo sé que el Mississippi,
pero yo sé que el Magdalena baña;
yo sé que el Almendares,
pero yo sé que el San Lorenzo baña;
yo sé que el Orinoco,
pero yo sé que bañan
tierras de amargo limo donde mi voz florece
y lentos bosques presos en sangrientas raíces.
¡Bebo en tu copa, América,
en tu copa de estaño,
anchos ríos de lágrimas!

Dejad, dejadme,
dejadme ahora junto al agua.

PEQUEÑA LETANÍA GROTESCA EN LA MUERTE DEL SENADOR Mc CARTHY

He aquí al senador McCarthy,
muerto en su cama de muerte,
flanqueado por cuatro monos;
he aquí al senador McMono,
muerto en su cama de Carthy,
flanqueado por cuatro buitres;
he aquí al senador McBuitre,
muerto en su cama de mono,
flanqueado por cuatro yeguas;
he aquí al senador McYegua,
muerto en su cama de buitre,
flanqueado por cuatro ranas:
McCarthy Carthy.

He aquí al senador McDogo,
muerto en su cama de aullidos,
flanqueado por cuatro gangsters;
he aquí al senador McGangster,
muerto en su cama de dogo,
flanqueado por cuatro gritos;
he aquí al senador McGrito,
muerto en su cama de gangster,

flanqueado por cuatro plomos;
he aquí al senador McPlomo,
muerto en su cama de gritos,
flanqueado por cuatro esputos:
McCarthy Carthy.

He aquí al senador McBomba,
muerto en su cama de injurias,
flanqueado por cuatro cerdos;
he aquí al senador McCerdo,
muerto en su cama de bombas,
flanqueado por cuatro lenguas;
he aquí al senador McLengua,
muerto en su cama de cerdo,
flanqueado por cuatro víboras;
he aquí al senador McVíbora,
muerto en su cama de lenguas,
flanqueado por cuatro búhos:
McCarthy Carthy.

He aquí al senador McCarthy,
McCarthy muerto,
muerto McCarthy,
bien muerto y muerto,
amén.

B A R E S

AMO los bares y tabernas
junto al mar,
donde la gente charla y bebe
sólo por beber y charlar.
Donde Juan Nadie llega y pide
su trago elemental
y están Juan Bronco y Juan Navaja
y Juan Narices y hasta Juan
Simple, el sólo, el simplemente
Juan.

Allí la blanca ola
bate de la amistad;
una amistad de pueblo, sin retórica,
una ola de ¡holal y ¿cómo estás?
Allí huele a pescado,
a mangle, a ron, a sal
y a camisa sudada puesta a secar al sol.

Búscame, hermano y me hallarás
(en La Habana, en Oporto,
en Jacmel, en Shanghai)

con la sencilla gente
que sólo por beber y charlar
puebla los bares y tabernas
junto al mar.

TRES CANCIONES CHINAS

1

CANCIÓN CHINA A DOS VOCES

HACIA China quisiera partir,
para hablar con el viejo dragón...
—¿Con el viejo dragón?
Es inútil partir:
el dragón ha partido en avión.

Una pipa de sueño fumar
y en el humo olvidar mi dolor...
—¿Olvidar tu dolor?
Es inútil fumar:
Despertar a la vida es mejor.

¡Oh, volver nuevamente, volver
dueño huraño, a mis siembras de arroz!
—¿A tus siembras de arroz?
Es inútil volver:
sembró en ellas el pueblo su voz.

Entre lotos marchitos bogar
y añorar su pasado esplendor...
—¿Su pasado esplendor?
Es inútil bogar:
mira el loto: decora un tractor.

2

LA CANCIÓN DE WANG TSE-YU

Ay, cuando Wang Tse-Yu nació,
lunas, amargas lunas antes,
antes
de la gran revolución,
cayó como un pedrusco negro,
pasó como un pequeño perro,
lloró sin cuna y sin pañuelo,
antes, muchas lunas antes,
antes
de la gran revolución.

Hoy he visto a Wang Tse-Yu:
¿Querrás decirme, amigo,
qué estabas haciendo tú,
alto el corazón en punta,
los negros ojos llenos de luz
y tu gran país labrado
en dura llama y cielo azul?
¿Querrás decirme, amigo,
qué estabas haciendo tú?

Gané mi tierra con mi lanza
(me respondió Wang Tse-Yu),
gané mi lanza con mi vida,
gané mi vida con mi sangre,
gané mi sangre con mi sueño...
Hoy mi sueño es estar despierto
(me respondió Wang Tse-Yu).

3

LA CANCIÓN DEL REGRESO

A Jorge Amado

¿CONOCES tú
la tierra del arroz y del bambú?
¿No la conoces tú?

Yo vengo de Pekín,
Pekín
sin mandarín,
ni palanquín.
Yo vengo de Shanghai:
no hay
ni un yanqui ya en Shanghai.
Allá
la vida en flor está.
Se ve
la vida puesta en pie.

¡Canta conmigo, amigo,
y dí como yo digo!

No hay
ni un yanqui ya en Shanghai.
Pekín
enterró al mandarín.
¡Corre a ver tú
la tierra del arroz y del bambú!

MAU - MAUS

ENVENENADA tinta
habla de los mau-maus;
negros de diente y uña,
de antropofagia y totem.
Gruñe la tinta, cuenta,
dice que los mau-maus
mataron a un inglés...
(Aquí en secreto: era
el mismo inglés de kepis
profanador, de rifle
civilizado y remington,
que en el pulmón de África
con golpe seco y firme
clavó su daga-imperio,
de hierro abecedario,
de sífilis, de pólvora,
de *money*, *bussines*, *yes*.)

Letras de larga tinta
cuentan que los mau-maus
casas de sueño y trópico
británicas tomaron
y a fuego, sangre, muerte,

bajo el asalto bárbaro
cien ingleses cayeron...
(Aquí en secreto: eran
los mismos cien ingleses
a quienes Londres dijo:
—Matad, comed mau-maus;
barred, incendiad Kenya;
que ni un solo kikuyus
viva y que sus mujeres
por siempre de ceniza
servida vean su mesa
y seco vean su vientre.)

Tinta de largas letras
cuenta que los mau-maus
arrasan como un río
salvaje las cosechas,
envenenan las aguas,
queman las tierras pródidas,
matan toros y ciervos.
(Aquí en secreto: eran
dueños de diez mil chozas,
del árbol, de la lluvia,
del sol, de la montaña,
dueños de la semilla,
del surco, de la nube,
del viento, de la paz...)
Algo sencillo y simple
¡oh inglés de duro kepis!,
simple y sencillo: dueños.

CIUDADES

Kingston.

Bajo el hambriento sol

(God save the King)

negra de bata blanca

cantando una canción.

(God save the King)

Una canción.

¿Por siempre?

¿Por siempre esa canción?

Oh yes!

Oh no!

Oh yes!

Oh no!

New York.

¿Y la tarde, entreabierta

como una niña pura?

¿Y el corazón, decidme?

¿Habéis visto una lágrima?

Panamá.

—How are you, Panamá?

—I'm well,

(El cabaret de Jimmy, el bar de Joe.)

—¿Sí?

—Yes.

—Hermano panameño:

¿No sueñas con Hostos y Martí?

—Sueño.

—Yes?

—Sí.

Madrid.

Bajo el azufre polvoriento,

un miliciano muerto,

un joven muerto, ya viejo,

se saca un árbol del pecho.

—¿Has entendido?

—Entiendo.

São Paulo.

Saltas de puente en puente

y sueñas con un río,

como una solterona

que espera en vano a un hijo.

Tú, llena de puentes secos

sobre el gentío.

HACIA EL PARAGUAY LEJANO...

*A Elvio Romero, poeta, y José
Asunción Flores, músico; paragu-
ayos en el exilio.*

ELVIO ROMERO, mi hermano,
yo partiría en un vuelo
de avión o de ave marina,
mar a mar y cielo a cielo,
hacia el Paraguay lejano,
de lumbre sangrienta y fina.
Le llevaría mi mano
derecha y aprendería
de ti
gota a gota el guaraní.
Le llevaría mi piel
cubana y le pediría
que a mí
ay, me fuera concedido
su corazón ver un día,
que nunca vi.

Que sí
(me respondió Elvio Romero),
que no;

hermano, será primero
que pueda ir yo.

Maestro José Asunción,
flores lleva tu apellido
y flores tu corazón.
¿No me será permitido
volar, volar y volar,
- volar y ver
el territorio encendido
donde subiste a nacer,
volar y ver?
¡Verte el gran río, vestido
de selvas, volar y ver;
y verte el pueblo, teñido
de sangre, volar y ver
y tu guitarra, que besa
como una novia en la noche,
volar y ver!

Que sí, que no,
quiero, no quiero
(José Asunción respondió),
hermano, será primero
que pueda ir yo...

CHILE

CHILE: una rosa de hierro,
fija y ardiente en el pecho
de una mujer de ojos negros.

—Tu rosa quiero.

*(De Antofagasta vengo,
voy para Iquique;
tan sólo una mirada
me ha puesto triste.)*

Chile: el salitral violento.
La pampa de puño seco.
Una bandera de fuego.

—Tu pampa quiero.

*(Anduve caminando
sobre el salitre;
la Muerte me miraba,
yo estaba triste.)*

Chile: tu verde silencio.
Tu pie sur en un estrecho
zapato de espuma y viento.

—Tu viento quiero.

*(El ovejero ladra,
la tropa sigue;
la oveja mira al perro
con ojos tristes.)*

Chile: tu blanco lucero.
Tu largo grito de hielo.
Tu cueca de polvo pueblo.
—Tu pueblo quiero.

*(En la cresta de un monte
la luna gime;
agua y nieve le lavan
la frente triste.)*

CERRO DE SANTA LUCÍA

Santiago de Chile.

¡CERRO de Santa Lucía,
tan culpable por la noche,
tan inocente de día!

En el Cerro, en un banco
junto al Museo,
ay, ayer te veía
y hoy no te veo.
¡Quién me dijera
que iba a pasar un día
sin que te viera!

Por un caminito
que sólo yo sé,
va el Arcángel, ángel,
Arcángel Gabriel.
En el alto cerro
medianoche es;
en mí la mañana
comienza a nacer.

Pasó a nuestro lado
cuando la besé.
¡Qué roto (gritaba),
qué roto es usted!
¿Y usted, don Arcángel
(luego repliqué),
qué busca a estas horas,
sin alas y a pie,
por este camino
que sólo yo sé?
No busco (me dijo)
que ya la encontré,
a la virgen virgen
que ayer se nos fue
con un ángel ángel
más grande que usted.

¡Cerro de Santa Lucía,
tan culpable por la noche,
tan inocente de día!

PANIMÁVIDA

En Chile hallé palabras
de lluvia y nieve intacta,
mas ninguna tan clara...
—Panimávida.

Va por las rocas; salta.
De espumas se empenacha.
Luego duerme y se estanca.
—Panimávida.

O bien su antigua llama
muestra como una lágrima
en la noche araucana.
—Panimávida.

En Chile hallé palabras
de lluvia y nieve intacta,
mas ninguna tan clara...
—Panimávida.

A GUATEMALA

A Miguel Angel Asturias

Nací donde la caña al cielo fino
su verde volador de un golpe lanza,
como una vegetal certera lanza
que traspasa al partir el aire fino.

El mar pasé. Las olas un camino
me abrieron al quetzal, que es tu esperanza:
hoy junto mi esperanza a tu esperanza,
juntas las dos, camino en tu camino.

Cañaveral y platanal, oscura
sangre derraman de una misma herida
de puñal, en la misma noche oscura.

¡Oh Guatemala con tu oscura herida!
¡Oh Cuba, oh patria con tu herida oscura!
(Hay un sol que amanece en cada herida.)

BALADA GUATEMALTECA

De tierras de Guatemala
volando mi avión partía;
lloraba con el motor,
con la hélice decía:

—¡Guatemala,
qué triste suerte la mía,
que a ninguna suerte iguala:
dejarte al nacer el día!
Pero yo le respondía:

—Es nuestra la última bala,
volveremos todavía.

(Pareja con el avión
iba el águila imperial,
las duras alas tendidas
sobre la tierra y el mar.
Hoy vuela y vuela, mañana
ya no la verás volar.)

Lloraba una nube sola
junto a la puerta del Cielo;
yo la vi desde mi avión
y le presté mi pañuelo.
—¡Guatemala,

gemía, crespón de duelo,
que el yanqui de nuevo tala
bosques de sangre en tu suelo!
Yo respondí a su desvelo:
—Al yanqui, bala por bala,
no más vigílate el vuelo.

(Pareja con el avión
iba el águila imperial;
plumas de hierro, las garras
abiertas para agarrar.
Hoy roba y roba, mañana
ya no la verás robar.)

Blanca estrella dolorosa
vi en el aire suspendida;
cuando el sol la consolaba
dijo así con voz partida:

—¡Guatemala,
verte en la calle tendida,
rojo el pecho, rota un ala
y entre la muerte y la vida!
Pero respondí en seguida:
—¡Espérame en Guatemala,
oh pura estrella encendida!

(Pareja con el avión
iba el águila imperial;
ojos de piedra y el pico
como un sangriento puñal.
¡Hoy mata y mata, mañana
ya no la verás matar!)

CANCIÓN CARIOCA

¿Te hablaron ya de Río,
del Pan, del Corcovado
y el sanguinario estío?
¿Te han hablado?

De la *boite* encendida
y el salón apagado,
del verdor de la vida,
¿te han hablado?

Del Carnaval rupestre,
semental desbocado,
rojo arcángel terrestre,
¿te han hablado?

Del mar y la campaña,
del cielo repujado,
que ni una nube empaña,
¿te han hablado?

Yo te hablo de otro Río:
del Río de Janeiro

de no-techo, sí-frío,
hambre-sí, no-cruzeiro.

Del llanto sin pañuelo,
del pecho sin escudo,
de la trampa y el vuelo,
de la soga y el nudo.

El *jazz* en la *soirée*
sacude el aire denso;
yo pienso en el *café*
(y lloro cuando pienso.)

Mas pienso en la *favela*.¹
La vida allí estancada
es un ojo que vela.
Y pienso en la alborada.

¿Te hablaron ya de Río,
con su puñal clavado
en el pecho sombrío?
¿Te han hablado?

¹ *Favela*. Aglomeración de indigentes en las ciudades del Brasil.

UN SON PARA PORTINARI

Buenos Aires, 47.

PARA Cándido Portinari,
la miel y el ron
y una guitarra de azúcar
y una canción
y un corazón.
Para Cándido Portinari,
Buenos Aires y un bandoneón.

¡Ay, esta noche se puede,
se puede,
ay, esta noche se puede,
se puede,
se puede cantar un son!

Sueña y fulgura.
Un hombre de mano dura,
hecho de sangre y pintura,
grita en la tela.
Sueña y fulgura
su sangre de mano dura;
sueña y fulgura,

como tallado en candela;
sueña y fulgura,
como una estrella en la altura;
sueña y fulgura,
como una chispa que vuela...
Sueña y fulgura.

Así con su mano dura,
hecho de sangre y pintura
sobre la tela,
sueña y fulgura
un hombre de mano dura.
Portinari lo desvela
y el roto pecho le cura,
al hombre de mano dura
que está gritando en la tela,
hecho de sangre y pintura.

Sueña y fulgura.

PAUL ÉLUARD

GUARDO de Paul Éluard
una mirada pura, un rostro grave
y aquella forma entre severa y suave
de hablar.

Con el albor del día fuimos en su busca
y había partido...
Fue una partida brusca,
sin *au revoir* ni adiós, sin pañuelo y sin ruido.

¿A dónde fue? ¡Quién sabe!
¡Quién lo podrá saber!
(¡Oh, la mirada pura, el rostro grave
y aquella forma entre severa y suave
de ser!)

PERO SEÑOR

A Mirta Aguirre

Si yo pudiera viajar
hacia la luna, viajara,
pero señor,
para averiguar si tiene
limpia la cara.
Pero señor,
pero señor, señor mío,
pero señor,
y saber si hace calor
o es que hace frío.
Pero señor.

Tiene el pintor sus pinceles,
tiene el poeta su pluma,
pero señor,
el viento tiene sus pájaros
y el mar su espuma.
Pero señor,
pero señor, señor mío,
pero señor,
la iguana tiene calor

y el oso frío.
Pero señor.

Camino de Ciego de Ávila,
provincia de Camagüey,
pero señor,
¡quién te anduviera de noche,
soñando en tren!
Pero señor,
pero señor, señor mío,
pero señor,
el tren con humo y calor,
el viento, frío.
Pero señor. /

En México me cerraron
la puerta que da al país,
pero señor.
Toqué tres veces y nadie
me vino a abrir.
Pero señor,
pero señor, señor mío,
pero señor,
pago el calor con calor,
con frío, el frío.
Pero señor.

Francia con su gorro frigio,
su emperador y su gallo,
pero señor,
me entregó a tres policías,
dos de a caballo.
Pero señor,
pero señor, señor mío,
pero señor,

en París no hace calor
cuando hace frío.
Pero señor.

Hacia Caracas partí
cuando el sol recién nacía,
pero señor,
se me hizo noche de pronto,
que al mediodía.
Pero señor,
pero señor, señor mío,
pero señor,
cuando pregunté calor,
dijeron frío.
Pero señor.

La República Argentina,
traje azul y nubes blancas,
pero señor,
me abrió con llaves de sueño
sus puertas de agua...
Pero señor,
pero señor, señor mío,
pero señor,
¡vengo buscando calor,
que tengo frío!
Pero señor.

CANCIÓN PARA
BENITO MARIANETTI,
SEÑOR DE LOS CEREZOS EN FLOR

MENDOZA la bien sembrada,
ciudad de luz y arboleda,
en roca viva engastada...
Amor
de Marianetti, el Señor
de los Cerezos en Flor,
amor de granito y seda.

Estuve en Chacras de Coria,
donde Marianetti es
la geografía y la historia;
Señor
de los Cerezos en Flor;
señor
de la cabeza a los pies.
Y en Coria
vi a Valentín Campesino
sacarse el sombrero rudo
para el saludo,
y a Marianetti, el Señor

de los Cerezos en Flor,
sacarse el sombrero fino
y saludar
a Valentín Campesino,
que labra el ajeno lar.
De tal señor, tal honor:
¡Señor
de los Cerezos en Flor!

El aire, rojo de vino,
sostiene en alto un cantar,
que es como un rojo fulgor:
—¡A caminar
por el abierto camino,
y a caminar
con Valentín Campesino,
y a caminar
con Marianetti, el Señor
de los Cerezos en Flor,
y a caminar...

CANCIÓN DE VÍSPERAS

¡Qué vida la que vivimos
en estos años de muerte!
¡Qué vida la que morimos!

El ojo del policía,
abierto de noche y día.

La espada del matador,
de flor en flor.

Sobre la pista,
el enano equilibrista.

La sangre pulverizada
flota en el viento
como tierra colorada.
El viento, largo lamento
sobre una llanura helada.
Luego puede ser que nada,
uno puede ser, o ciento.
Alta la noche y cerrada.
Pero huele a lluvia el viento.

DOÑA MARÍA

¡Ay, pobre doña María,
ella que no sabe nada!
Su hijo, el de la piel manchada,
a sueldo en la policía.

Ayer, taimado y sutil,
rondando anduvo mi casa.
¡Pasa! —pensé al verle— ¡Pasa!
(Iba de traje civil.)

Señora tan respetada,
la pobre doña María,
con un hijo policía,
y ella que no sabe nada.

PALOMA DEL PALOMAR

PALOMA del palomar,
cuando tú pases por México
no dejes de preguntar
quién me cerró
la puerta a que llamo yo,
paloma del palomar.

¡Tal vez te puedan decir,
paloma del palomar,
quién es quien la puede abrir
y quién la mandó cerrar!

EPITAFIO PARA LUCÍA

A Jesualdo

MURIÓ callada y provincial. Tenía
lentos los ojos de paz fría,
de lluvia lenta y lenta melodía.
Su voz, como un cristal esmerilado,
anunciaba un resplandor encerrado.
Se llamó, la llamaban vagamente Lucía.
(En este breve mármol ha quedado
toda su biografía.)

LA PEQUEÑA BALADA DE PLÓVDIV

(Bulgaria)

EN LA vieja villa de Plóvdiv,
lejos, allá,
mi corazón murió una noche
y nada más.

Una larga mirada verde,
lejos, allá,
húmedos labios prohibidos
y nada más.

El cielo búlgaro brillaba,
lejos, allá,
lleno de estrellas temblorosas
y nada más.

¡Oh, lentos pasos en la calle,
lejos, allá,
últimos pasos para siempre
y nada más!

Junto a la puerta misteriosa,
lejos, allá,
la mano blanca, un solo beso
y nada más.

R O N D A

PALOMA, sube a mirar
desde esa rama de pino:
dime si viene mi novia,
si viene por el camino.
¿Qué piensas tú?
Tu novia está en casa,
comiendo cuzcuz.

Paloma, vete a buscar
a la mujer que amo yo;
dile que aún espero el beso
que anoche me prometió.
¿Qué piensa usted?
Su novia está en casa,
tomando café.

Paloma, dile a mi novia
que cuando venga a mi entierro,
toque bien duro a la puerta,
porque la puerta es de hierro.
¿Qué piensas, di?
Tu novia está en casa,
majando maíz.

EN EL CAMPO

Para Orlandito Hernández

VI EL corderito blanco,
niño entre los corderos,
con un gran tajo rojo
desangrarse en silencio.

Cerca, en la tarde fría,
el fuego.

Bebían y danzaban
hombres de duro sueño.
Asesinado y solo,
niño entre los corderos,
el corderito blanco
bajo su piel de miedo,
y una angustia redonda
fija en los ojos ciegos.

TRES POEMAS MÍNIMOS

A Lea Lublin, pintora.

1

Brizna, pequeño tallo...

Brizna, pequeño tallo
verde, en la tierra oscura:
¿de qué selva minúscula
eres boabab, de cuántos
pájaros-pulgas guardan
nidos tus fuertes ramas?
Brizna, pequeño tallo
verde, en la tierra oscura,
yo durmiendo a tu sombra,
para soñar, echado
bajo la luna.

2

Brisa que apenas mueves...

Brisa que apenas mueves
las flores, sosegada,

finó aliento del carmen
que blandamente pasas,
ven y empuja mi barca,
presa en el mar inmóvil.
Llévame, poderosa,
en tus mínimas alas,
oh, brisa, fino aliento,
brisa que apenas mueves
las flores sosegada.

3

Punto de luz, suspenso lampo...

Punto de luz, suspenso
lampo, remota estrella,
tú, sol de otros planetas,
bien que apenas te veo,
allá lejos, lejísimo,
muy lejos,
¿podré pedirte el fuego,
la luz y que madures
mis frutos, oh suspenso
lampo, remota estrella,
tú, sol de otros planetas?

M U E R T E

¡Ay, de la Muerte no sé
de qué color va vestida
y no sé si lo sabré!

¿Mano en el hueso y guadaña,
curva guadaña buida,
en la punta de una caña?

¡Literatura sabida,
terrorismo medioeval
para chantajear la vida!

Yo entraré en la noche ciega,
como entra la bestia oscura,
que cuando la muerte llega
va y en la espesa espesura
cuerpo en calma y alma entrega.

Variante

¿Qué sabéis de la Muerte?
Nada.

Ni siquiera si existe.
Esta gran calumniada,
la gran triste,
la poderosa y fuerte,
es la gran ignorada.

Mas ya me veis: espero
mi momento postrero,
curioso, preparado,
pues quizá me sea dado
sentir que llega, armada,
y herido por su espada
gritar: ¡Te vi primero!

EPÍSTOLA

*A dos amigas cubanas que in-
vernaban en Palma de Mallorca.*

París, febrero 12.

Águeda y Nora:

Puesto que os santifica y os decora
el sol en esa playa en primavera
y os perfuma y os dora,
como hace con la uva y con la pera;
puesto que el mar balear su espuma cínica
viste y desviste al pie del duro muro
del malecón llorón, y embiste y besa
muslos de madreperlas y corales
al modo del Caribe cuando toca
con sus dedos sensuales,
en nuestras claras islas orquestales
vientres de musgo y roca;
puesto que Nora mía de mi alma,
Águeda y tú os miráis en el espejo
bruñido que os da Palma,
olvidando a París húmedo y viejo;
puesto que allá tenéis el casto verde,

la miel, el aire, el yodo, el pez, el trino
de pájaros trompetas y hasta el cielo
de Cuba, palio azul para el camino
—todo un Virgilio, en fin, de caramelo—;
puesto que allá La Habana está presente
¡digo La Habanal, nuestra islita pura,
¿será tal vez cuestión impertinente
de ardua filosofía
indagar qué coméis? Quizás podría
saber yo si figura
Cuba también en el menú, de modo
que fuera la ilusión así completa.
Perdonadme ante todo.
Perdonad al poeta
desdoblado en gastrónomo... Mas quiero
que me digáis si allá (junto al puchero,
la fabada tal vez o la munyeta)
lográsteis decorar vuestros manteles
con blanco arroz y oscuro picadillo,
orondos huevos fritos con tomate,
el solemne aguacate
y el rubicundo plátano amarillo.
¿O por ser más sencillo,
el chicharrón de puerco con su masa,
dándole el brazo al siboney casabe
la mesa presidió de vuestra casa?
Y del bronco lechón el frágil cuero
dorado en púa ¿no alumbró algún día
bajo esos puros cielos españoles
el amable ostracismo? ¿Hallar pudísteis,
tal vez al cabo de mortal porfía,
en olas navegando,
en rubias olas de cerveza fría,
nuestros negros frijoles,
para los cuales toda gula es poca,
gordo tasajo y cristalina yuca,

de esa que llaman en Brasil mandioca?
El maíz, oro fino
en sagradas pepitas,
quizá vuestros ayunos
a perturbar con su riqueza vino.
El quimbombó africano,
cuya baba el limón corta y detiene,
¿no os suscitó el cubano
guiso de camarones,
o la tibia ensalada,
ante la cual espárragos ebúrneos,
según doctos varones,
según doctos varones en cocina,
según doctos varones no son nada?
No me llaméis bellaco
si os hablo del ajiaco,
del cilíndrico ñame poderoso,
del boniato pastoso,
o de la calabaza femenina
y el fu-fú montañoso.
¡Basta! Os recuerdo el postre. Para eso
no más que el blanco queso,
el blanco queso que el montuno alaba,
en pareja con cascos de guayaba.
Y al final, buen remate a tanto diente,
una taza pequeña
de café carretero y bien caliente.

Así pues, primas mías,
esperaré unos días,
para saber por carta detallada
si esto que pido aquí debe tacharse
de ser una demanda exagerada,
o es que puede encontrarse
al doblar una esquina
en la primera casa mallorquina.

Si lo hay, voy volando,
mejor dicho, corriendo,
que es como siempre ando.
Pero si no, pues seguiré soñando...
Y cuando al fin os vea,
vueltas las dos de España
a París, esta aldea,
os sentaré a mi costa
frente a una eximia y principal langosta,
rociada con champaña.

SPUTNIK 57

ALTA noche en el Cielo... Sosegado,
como quien vive (y con razón) contento,
sin futuro, presente ni pasado
y en blanco el pensamiento,
duerme Dios en su nube,
situada en lo mejor del Firmamento:
lecho desmesurado,
cama imperial y al mismo tiempo trono,
hecha de lapislázuli dorado,
con adornos de nácar, humo y viento.
Huele a jazmín eléctrico y a ozono.
Del abismo terrestre
el eco amortiguado
confuso y vago sube,
pues filtra, cataloga, desmenuza
todo ruido indiscreto
un gran querube armado,
aunque por regla celestial no es lícito
(y aun se tiene por falta de respeto)
que ande armado un querube.
Ni suaves oraciones,

como puros, blanquísimos pichones
del Espíritu Santo,
ni dobles de campana,
de esos que vuelan dulces
de la parroquia mínima,
disueltos en la brisa ciudadana,
o los más poderosos
de las iglesias ricas, las de piedra,
góticas medievales catedrales,
con obispos ociosos,
con obispos golosos y orquestales.
Ni misas, ni sonrisas,
ni ruegos, procesiones y rosarios,
ni siquiera una nota
del órgano profundo,
ni una expresión devota
del millón que escuchamos cada día.
brotar del seco corazón del mundo:
nada se arrastra o ~~revolando~~ *aleteando* sube
hasta el trono de Dios, quien sosegado,
duerme en su enorme nube,
mientras le cuida el sueño un gran querube,
un gran querube armado.

Veloces, los cometas matemáticos
pasan rubios, en ondas sucesivas;
las estrellas monóculas
brillan suspensas en el techo ingrávido;
piafan, caracolean
finos planetas de color oscuro
y en el éter patean
y polvo elevan con el casco puro.
¡Qué fastidio inmortal! Eternamente
Venus en su sayal de lumbre baja,
Aldebarán con su camisa roja,

la Luna a veces queso, otras navaja;
los niños asteroides
y sus viejas nodrizas;
el Sol redondo y bonachón, cenizas
de otros mundos, etcétera.

Es decir, todo el denso
paravant estelar, el tardo inmenso
tras el cual duerme Dios en una nube,
apacible y confiado,
mientras le cuida el sueño un gran querube,
un gran querube armado.

Hasta que Dios despierta... Con mirada
seca, de un golpe rápido recorre
su vasto imperio. Cuenta las estrellas,
revisa los planetas y asustada
la voz, pregunta al vigilante angélico:
—¿No habéis notado nada?

He sentido un pequeño
sacudimiento celestial, un leve
chasquido en medio de la augusta niebla
de mi profundo sueño.

—¡Oh, Dios, oh, Padre, oh, ¡ustol! ¡Pura Causa
de la Vida Inmortal! —gimió el querube—,
he visto de aquel astro
(y aquí el querube señaló en la Tierra
el país de granito y esperanza
donde el Kremlin sus álgidos rubíes
sostiene en graves torres),
he visto de aquel astro
una estrella partir. Su rastro breve
era sonoro y fino. Todavía
viaja, está allí. Con encendidas puntas

deja en la noche una impecable estría.
Volvió la vista Dios hacia la zona
donde el globo mecánico
se mueve en que vivimos,
con su nívea corona,
con sus gordos racimos,
el aire (un poco) de sensual matrona.
La Luna, en un sudario de sonetos,
convencional y pálida moría
como siempre. Y huyendo de la Luna,
recién nacida eufórica,
otra luna veloz correr se vía.

Dios contempló indeciso
aquel punto brillante,
aquel astro insumiso,
que se metió en el Cielo sin permiso,
y cabizbajo se quedó un instante.

(Un instante de Dios, como se sabe,
es un milenio para el hombre, atado
a los minutos mínimos, al tiempo
~~que gotea en la clepsidra...~~) De modo
que Dios aún permanece
silencioso, sentado
en su imponente nube,
donde vela impasible un gran querube,
un gran querube armado.

De manera que cae gota a gota...

TELEGRAMAS DE SPELLMAN, EXPEDIDOS
DESDE NEW YORK, ANUNCIAN
ROGATIVAS. VALORES SOSTENIDOS
SE DERRUMBAN. PÁNICO Y EDICIONES
EXTRAS DE LOS PERIÓDICOS. CONSULTAS
AL PENTAGONO. RADIO-
TELEVISIÓN OFRECE,

EN VEZ DE ASESINATOS Y CANCIONES,
EL DISCURSO DE UN SABIO MELANCÓLICO
QUE PROMETE LA LUNA A FIN DE AÑO
Y LOS VIAJES A HÉRCULES
DENTRO DE DOS, Y UN BAÑO
DE SOL, NO YA EN LA PLAYA
SINO EN EL SOL...

Un vasto griterío
(griterío en inglés) estalla y sube
como una nube inmensa hasta la nube
donde está Dios sentado,
con un querube al lado, un gran querube,
un gran querube armado.

¡Oh, Mapamundi, gracia de la escuela!
Cuando en el aula pura
de mi niñez veía
girando tu redonda geografía
pintada de limón y de canela,
reo en una prisión alta y oscura
irremediablemente me sentía.

¿Cómo rasgar un día
de aquella jaula hermética
el sello azul y al cielo interminable
salir donde los astros son ya música
y el cuerpo sombra vagabunda y leve?

¡Qué miedo insuperable!
Acaso Dios con su bocina ronca,
desde sus barbas de revuelta nieve,
iba a tronar en un gran trueno, justo
como todos sus truenos. O en la roja

atmósfera en que el Diablo precipita
hirviente azufre, hundir al desdichado
—propicio leño a la infernal candela—
que imaginó en su fiebre
romper el equilibrio ponderado
del Mapamundi, gracia de la escuela.

Pero Dios no lo supo,
ni el Diablo se enteró. Titán en vela,
el hombre augusto, el denso
mortal que arde y fornicar,
que repta a veces y que a veces vuela,
el hombre soberano y cotidiano
que come, suda, llora, enferma, ríe,
el que te da la mano
en la calle y te dice: "¡Qué buen tiempo!"
o "¡Es duro este verano!" Tu cercano,
tu próximo, tu hermano,
deshizo la clausura,
rompió el sello celeste
que como techo astral del mundo había,
y se lanzó a la noche inmensa y pura.

Llenad la copa del amor, vacía.
Mezclad, mezclemos risas y alcoholes,
sangres, suspiros, huesos,
corazones y besos,
relámpagos y soles.

Suba el terrestre brindis
por la paz, por la vida,
y si queréis, mientras el brindis sube,
recordad que aún reposa sosegado,

recordad que aún reposa
Dios en su inmensa nube,
con un querube al lado, un gran querube,
un gran querube armado,

DE VUELTA

POR el largo camino
me marché al azar,
con un jarro de vino
y un trozo de pan.
Me marché al azar.

¡Viento, viento —decía—,
contigo me voy!
(En el orto del día
joven era el sol.)
Contigo me voy.

Tuve un prado con rosas,
que es mucho tener,
veinte y dos mariposas
y un solo clavel.
Que es mucho tener.

Ardió el sol en mis manos,
que es mucho decir,
ardió el sol en mis manos
y lo repartí.
Que es mucho decir.

Por el largo camino
regreso al azar,
con un jarro de vino
y un trozo de pan.
Regreso al azar.

ELEGÍAS

*Aquí están los servidores de Mr. Babbitt.
Los que educan sus hijos en West Point.
Aquí están los que chillan hello, baby
y fuman "Chesterfield" y "Lucky Strike".*

.....

*Pero también están los que reman en lágrimas,
galeotes dramáticos, galeotes dramáticos,*

NICOLÁS GUILLÉN, "West Indies Ltda.", 1934.

ELEGÍA CUBANA

CUBA, isla de América Central, la mayor de las Antillas, situada a la entrada del golfo de México...

Larousse Ilustrado.

CUBA, palmar vendido,
sueño descuartizado,
duro mapa de azúcar y de olvido...
¿Dónde, fino venado,
de bosque en bosque y bosque perseguido,
bosque hallarás en que lamer la sangre
de tu abierto costado?
Al abismo colérico
de tu incansable pecho acantilado,
me asomo y siento el lúgubre
latir del agua insomne;
siento cada latido
como de un mar en diástole,
como de un mar en sístole,
como de un mar concéntrico,
de un mar como en sí mismo derramado.
Lo saben ya, lo han visto

las mulatas con hombros de caoba,
las guitarras con vientres de mulata;
lo repiten, lo han visto
las noches en el puerto,
donde bajo un gran cielo de hojalata
flota un velero muerto.
Lo saben el tambor y el cocodrilo,
los choferes, el Vista
de la Aduana, el turista
de asombro militante;
lo aprendió la botella
en cuyo fondo se ahoga una estrella;
lo aprendieron, lo han visto
la calle con un niño de cien años,
el ron, el bar, la rosa, el marinero
y la mujer que pasa de repente,
en el pecho clavado
un puñal de aguardiente.

Cuba, tu caña miro
gemir, crecer ansiosa,
larga, larga, como un largo suspiro.
Medio a medio del aire
el humo amargo de tu incendio aspiro:
allí su cuerno erigen,
deshaciéndose en mínimos relámpagos
pequeños diablos que convoca y cita
la Ambición con su trompa innumerable.
Allí su negra pólvora vistiendo,
el joven de cobarde dinamita,
que asesina sonriendo,
y el cacique tonante, breve Júpiter,
mandarín bien mandado,
que estalla de improviso, sube, sube
y cuando más destella,
maromero en la punta de una nube,

¡ay! también de improviso baja, baja
y en la roca se estrella,
cadáver sin discurso ni mortaja.
Allí el tragón avaro,
uña y pezuña a fondo en la carroña
y el general de charretera y moña,
que el Olimpo trepó sin un disparo,
y el doctor de musgosa calavera,
siempre de espaldas a la primavera...

Afuera está el vecino.
Tiene el teléfono y el submarino.
Tiene una flota bárbara, una flota
bárbara... Tiene una montaña de oro
y un mirador y un coro
de águilas y una nube de soldados
ciegos, sordos, armados
por el miedo y el odio. (Sus banderas
empastadas en sangre, un fisiológico
hedor esparcen que demora el vuelo
de las moscas.) Afuera está el vecino,
rodeado de fieras
nocturnas, enviando embajadores,
carne de buey en latas, pugilistas,
convoyes, balas, tuercas, armadores,
efebos onanistas,
ruedas para centrales, chimeneas
con humo ya, zapatos de piel dura,
chicle, tabaco rubio, gasolina,
ciclones, cambios de temperatura,
y también, desde luego,
tropas de infantería de marina,
porque es útil (a veces) hacer fuego...
¿Qué más, qué más? El campo roto y ciego
vomitando sus sombras al camino
bajo la fusta de los mayores,

y la ciudad caída, sin destino,
de *smoking* en el *club*, o sumergida,
lenta, viscosa, en fiebres y hospitales,
donde mueren soñando con la vida
gentes ya de proyectos animales...

¿Y nada más? —preguntan
gargantas y gargantas que se juntan.
Ahí está Juan Descalzo. Todavía
su noche espera el día.
Ahí está Juan Montuno,
en la bandurria el vegetal suspiro,
múltiple el canto y uno.
Está Juan Negro, hermano
de Juan Blanco, los dos la misma mano.
Está, quiero decir, Juan Pueblo, sangre
nuestra diseminada y numerosa:
estoy yo con mi canto,
estás tú con tu rosa
y tú con tu sonrisa
y tú con tu mirada
y hasta tú con tu llanto
de punta —cada lágrima una espada.
Habla Juan Pueblo, dice:
—Alto Martí, tu azul estrella enciende.
Tu lengua principal corte la bruma.
El fuego sacro en la montaña prende.
Habla Juan Pueblo, dice:
—Maceo de metal, machete amigo,
rayo, campana, espejo,
herido vas, tu rojo rastro sigo.
Otra vez Peralejo
bien pudiera marcar con dura llama
no la piel del león domado y viejo,
sino el ala del pájaro sangriento
que desde el alto Norte desparrama

muerte, gusano y muerte, cruz y muerte,
lágrima y muerte, muerte y sepultura,
muerte y microbio, muerte y bayoneta,
muerte y estribo, muerte y herradura,
muerte de arma secreta,
muerte del muerto herido solitario,
muerte del joven de verde corona,
muerte del inocente campanario;
muerte previa, prevista,
ensayada en Las Vegas,
con aviones a chorro y bombas ciegas.
Habla Juan Pueblo, dice:
—A mitad del camino,
¡ay! sólo ayer la marcha se detuvo;
siniestro golpe a derribarnos vino,
golpe siniestro del ímpetu contuvo.
Mas el hijo, que apenas
supo del padre el nombre al mármol hecho,
si heredó las cadenas,
también del padre el corazón metálico
trajo con él: le brilla
como una flor de bronce sobre el pecho.
Solar y coronado
de vengativas rosas,
de su fulgor armado,
la vieja marcha el héroe niño emprende:
en foso, almena, muro,
el hierro marca, ofende
y en la noche reparte el fuego puro...
Brilla Maceo en su cenit seguro.
Alto Martí su azul estrella enciende.

EL APELLIDO

Elegía familiar.

I

DESDE la escuela
y aun antes... Desde el alba, cuando apenas
era una brizna yo de sueño y llanto,
desde entonces,
me dijeron mi nombre. Un santo y seña
para poder hablar con las estrellas.
Tú te llamas, te llamarás...
Y luego me entregaron
esto que veis escrito en mi tarjeta,
esto que pongo al pie de mis poemas:
catorce letras
que llevo auestas por la calle,
que siempre van conmigo a todas partes.
¿Es mi nombre, estáis ciertos?
¿Tenéis todas mis señas?
¿Ya conocéis mi sangre navegable,
mi geografía llena de oscuros montes,
de hondos y amargos valles
que no están en los mapas?

¿Acaso visitásteis mis abismos,
mis galerías subterráneas
con grandes piedras húmedas,
islas sobresaliendo en negras charcas
y donde un puro chorro
siento de antiguas aguas
caer desde mi alto corazón
con fresco y hondo estrépito
en un lugar lleno de ardientes árboles,
monos equilibristas,
loros legisladores y culebras?
¿Toda mi piel (debí decir),
toda mi piel viene de aquella estatua
de mármol español? ¿También mi voz de espanto,
el duro grito de mi garganta? ¿Vienen de allá
todos mis huesos? ¿Mis raíces y las raíces
de mis raíces y además
estas ramas oscuras movidas por los sueños
y estas flores abiertas en mi frente
y esta savia que amarga mi corteza?
¿Estáis seguros?
¿No hay nada más que eso que habéis escrito,
que eso que habéis sellado
con un sello de cólera?
(¡Oh, debí haber preguntado!)

Y bien, ahora os pregunto:
¿no veis estos tambores en mis ojos?
¿No veis estos tambores tensos y golpeados
con dos lágrimas secas?
¿No tengo acaso
un abuelo nocturno
con una gran marca negra
(más negra todavía que la piel)
una gran marca hecha de un latigazo?
¿No tengo, pues,

un abuelo mandinga, congo, dahomeyano?
¿Cómo se llama? ¡Oh, sí, decídmelo!
¿Andrés? ¿Francisco? ¿Amable?
¿Cómo decís Andrés en congo?
¿Cómo habéis dicho siempre
Francisco en dahomeyano?
En mandinga, ¿cómo se dice Amable?
¿O no? ¿Eran, pues, otros nombres?
¡El apellido, entonces!
¿Sabéis mi otro apellido, el que me viene
de aquella tierra enorme, el apellido
sangriento y capturado, que pasó sobre el mar
entre cadenas, que pasó entre cadenas sobre el mar?
¡Ah, no podéis recordarlo!
Lo habéis disuelto en tinta inmemorial.
Lo habéis robado a un pobre negro indefenso.
Lo escondísteis, creyendo
que iba a bajar los ojos yo de la vergüenza.
¡Gracias!
¡Os lo agradezco!
Gentiles gentes, thank you!
Merci!
Merci bien!
Merci beaucoup!
Pero no... ¿Podéis creerlo? No.
Yo estoy limpio.
Brilla mi voz como un metal recién pulido.
Mirad mi escudo: tiene un baobab,
tiene un rinoceronte y una lanza.
Yo soy también el nieto,
biznieto,
tataranieto de un esclavo.
(Que se avergüence el amo.)
¿Seré Yelofe?
¿Nicolás Yelofe, acaso?
¿O Nicolás Bakongo?

¿Tal vez Guillén Banguila?
¿O Kumbá?
¿Quizá Guillén Kumbá?
¿O Kongué?
¿Pudiera ser Guillén Kongué?
¡Oh, quién lo sabel
¡Qué enigma entre las aguas!

II

Siento la noche inmensa gravitar
sobre profundas bestias,
sobre inocentes almas castigadas;
pero también sobre voces en punta,
que despojan al cielo de sus soles,
los más duros,
para condecorar la sangre combatiente.
De algún país ardiente, perforado
por la gran flecha ecuatorial,
sé que vendrán lejanos primos,
remota angustia mía disparada en el viento;
sé que vendrán pedazos de mis venas,
sangre remota mía,
con duro pie aplastando las hierbas asustadas;
sé que vendrán hombres de vidas verdes,
remota selva mía,
con su dolor abierto en cruz y el pecho rojo en
[llamas.
Sin conocernos nos reconoceremos en el hambre,
en la tuberculosis y en la sífilis,
en el sudor comprado en bolsa negra,
en los fragmentos de cadenas
adheridos todavía a la piel;
sin conocernos nos reconoceremos

en los ojos cargados de sueños
y hasta en los insultos como piedras
que nos escupen cada día
los cuadrumanos de la tinta y el papel.

¿Qué ha de importar entonces
(¡qué ha de importar ahora!)
¡ay! mi pequeño nombre
con sus catorce letras blancas?
¿Ni el mandinga, bantú,
yoruba, dahomeyano
nombre del triste abuelo ahogado
en tinta de notario?
¿Qué importa, amigos puros?
¡Oh, sí, puros amigos,
venid a ver mi nombre!
Mi nombre interminable,
hecho de interminables nombres;
el nombre mío, ajeno,
libre y mío, ajeno y vuestro,
ajeno y libre como el aire.

ELEGÍA A EMMETT TILL

A Miguel Otero Silva.

El cuerpo mutilado de Emmett Till, 14 años, de Chicago, Illinois, fue extraído del río Tallahatchie, cerca de Greenwood, el 31 de agosto, tres días después de haber sido raptado de la casa de su tío, por un grupo de blancos armados de fusiles...

The Crisis, New York, octubre de 1955.

EN Norteamérica,
la Rosa de los Vientos
tiene el pétalo sur rojo de sangre.

El Mississippi pasa
¡oh viejo río hermano de los negros!
con las venas abiertas en el agua,
el Mississippi cuando pasa.
Suspira su ancho pecho
y en su guitarra bárbara,
el Mississippi cuando pasa
llora con duras lágrimas.

El Mississippi pasa
y mira el Mississippi cuando pasa
árboles silenciosos
de donde cuelgan gritos ya maduros,
el Mississippi cuando pasa,
y mira el Mississippi cuando pasa,
cruces de fuego amenazante,
el Mississippi cuando pasa,
y hombres de miedo y alarido,
el Mississippi cuando pasa,
y la nocturna hoguera
a cuya luz caníbal
danzan los hombres blancos,
y la nocturna hoguera
con un eterno negro ardiendo,
un negro sujetándose
envuelto en humo el vientre desprendido,
los intestinos húmedos,
el perseguido sexo,
allá en el Sur alcohólico,
allá en el Sur de afrenta y látigo,
el Mississippi cuando pasa.

Ahora ¡oh Mississippi,
¡oh viejo río hermano de los negros!,
ahora un niño frágil,
pequeña flor de tus riberas,
no raíz todavía de tus árboles,
no tronco de tus bosques,
no piedra de tu lecho,
no caimán de tus aguas:
un niño apenas,
un niño muerto, asesinado y solo,
negro.

Un niño con su trompo,
con sus amigos, con su barrio,
con su camisa de domingo,
con su billete para el cine,
con su pupitre y su pizarra,
con su pomo de tinta,
con su guante de béisbol,
con su programa de boxeo,
con su retrato de Lincoln,
con su bandera norteamericana,
negro.

Un niño negro asesinado y solo,
que una rosa de amor
arrojó al paso de una niña blanca.

·Oh viejo Mississippi,
oh rev, oh río de profundo mantol,
detén aquí tu procesión de espumas,
tu azul carroza de tracción oceánica:
mira este cuerpo leve,
ángel adolescente que llevaba
no bien cerradas todavía
las cicatrices en los hombros
donde tuvo las alas;
mira este rostro de perfil ausente,
deshecho a piedra y piedra,
a plomo y piedra,
a insulto y piedra;
mira este abierto pecho,
la sangre antigua ya de duro coágulo.
Ven y en la noche iluminada
por una luna de catástrofe,
la lenta noche de los negros
con sus fosforescencias subterráneas,

ven y en la noche iluminada,
dime tú, Mississippi,
si podrás contemplar con ojos de agua ciega
y brazos de titán indiferente,
este luto, este crimen,
este mínimo muerto sin venganza,
este cadáver colosal y puro:
ven y en la noche iluminada,
tú, cargado de puños y de pájaros,
de sueños y metales,
ven y en la noche iluminada,
oh viejo río hermano de los negros, —
ven y en la noche iluminada,
ven y en la noche iluminada,
díme tú, Mississippi...

ELEGÍA A JACQUES ROUMAIN

Jacques Roumain nació en Port-au-Prince en 1907. Treinta y siete años después moría en la misma ciudad. Dejó libros de cuentos y libros de poemas; dejó libros de botánica y libros de etnología. Se marchó una mañana de agosto, a las diez...

GRAVE la voz tenía.
Era triste y severo.
De luna fue y de acero.
Resonaba y ardía.

Envuelto en luz venía.
A mitad del sendero
sentóse y dijo: —¡Muerol
(Aún era sueño el día.)

Pasar su frente bruna,
volar su sombra suave,
dime, haitiano, si viste.

De acero fue y de luna.

Tenía la voz grave.
Era severo y triste.

¡Ay, bien sé, bien se sabe que estás muerto!
Rostro fundamental, seno profundo,
oh tú, dios abatido,
muerto ya como muere todo el mundo.
Muerto de piel ausente y de pulido
frontal, tu filosófico y despierto
cráneo de sueño erguido;
muerto sin ropa ni mortaja, muerto
flotando en aguas de implacable olvido,
muerto ya, muerto ya, muerto ya, muerto.

Sin embargo, recuerdo.
Recuerdo, sin embargo.
Por ejemplo, recuerdo su levita
de prócer cotidiano:
la de París
en humo gris,
en persistente gris
la de París
y la levita en humo azul del traje haitiano.
Recuerdo sus zapatos,
franceses todavía
y el pantalón a rayas que tenía
en una foto, en México, de Cónsul.
Recuerdo
su cigarrillo demoníaco
de fuego perspicaz;
recuerdo su escritura de letras desligadas,
independientes, tímidas, duras, de pie, a la izquierda;
recuerdo
su pluma fuente corta, negra, gruesa, "Pelíkano"
de gutapercha y oro;

recuerdo
su cinturón de hebilla con dos letras.
(¿O una sola? No sé, me falla,
se me va en esto un poco la memoria;
tal vez era una sola, una gran R,
pero no estoy seguro...)

Recuerdo
sus corbatas, sus medias, sus pañuelos;
recuerdo
su llavero, sus libros, su cartera.
(Una cartera de Ministro,
ambiciosa, de cuero.)

Recuerdo
sus poemas inéditos,
sus papeles polémicos
y sus apuntes sobre negros.
Quizás haya también todo ya muerto,
o cuando más sean cosas de museo
familiar. Yo las conservo,
por aquí están, las guardo.
Quiero decir que las recuerdo.

¿Y lo demás, lo otro,
lo que hablábamos, Jacques?
¡Ay, lo demás no cambia, eso no cambia!
Allí está, permanece
como una gran página de piedra
que todos leen, leen, leen;
como una gran página sabida y resabida,
que todos dicen de memoria,
que nadie dobla,
que nadie vuelve, arranca
de ese tremendo libro abierto haitiano,
de ese tremendo libro abierto
por esa misma página sangrienta haitiana,
por esa misma, sola, única abierta página

terrible haitiana hace trescientos años!
Sangre en las espaldas del negro inicial.
Sangre en el pulmón de Louverture.
Sangre en las manos de Leclerc
temblorosas de fiebre.
Sangre en el látigo de Rochambeau,
con sus perros sedientos.
Sangre en el Pont-Rouge.
Sangre en la Citadelle.
Sangre en la bota de los yanquis.
Sangre en el cuchillo de Trujillo.
Sangre en el mar, en el cielo, en la montaña.
Sangre en los ríos, en los árboles.
Sangre en el aire.
(Olvidaba decir que justamente, Jacques,
el personaje de este poema,
murmuraba a veces: -Haití
es una esponja empapada en sangre.)

¿Quién va a exprimir la esponja, la insaciable
esponja? Tal vez él,
con su rabia de siglos. Tal vez él,
con sus dedos de sueño. Tal vez él,
con su celeste fuerza...
Él, Monsieur Jacques Roumain,
que hablaba en nombre
del negro Emperador, del negro Rey,
del negro Presidente
y de todos los negros que nunca fueron más que

Jean
Pierre
Victor
Candide
Jules
Charles

Stephen
Raymond
André.

Negros descalzos frente al Champ de Mars,
o en el tibio mulato camino de Petionville,
o más arriba,
en el ya frío blanco camino de Kenskoff:
negros no fundados aún,
sombras, zombíes,
lentos fantasmas de la caña y el café,
carne febril, desgarradora,
primaria, pantanosa, vegetal.

Él va a exprimir la esponja,
él va a exprimirla.

Verá entonces el sol duro antillano,
cual si estallara telúrica vena,
enrojecer el pálido oceano.

Y flotar sin dogal y sin cadena
cuellos puros en suelta muchedumbre,
almas no, pero sí cuerpos en pena.

Móvil incendio de afilada lumbre,
lamerá con su lengua prometida
del fijo llano a la nublada cumbre.

¡Oh aurora de los tiempos, encendidal
¡Oh mar, oh mar de sangre desbordado!
El pasado pasado no ha pasado.
La nueva vida espera nueva vida.

Y bien, en eso estamos, Jacques, lejano amigo.
No porque te hayas ido,

no porque te llevaran, mejor dicho,
no porque te cerraran el camino,
se ha detenido nadie, nadie se ha detenido.
A veces hace frío, es cierto. Otras, un estampido
nos ensordece. Hay horas de aire líquido,
lacrimosas, de estertor y gemido.
En ocasiones logra, obtiene un río
desbaratar un puente con su brutal martillo...
Mas a cada suspiro nace un niño.
Cada día la noche pare un sol amarillo
y optimista, que fecunda el baldío.
Muele su dura cosecha el molino.
Alzase, crece la espiga del trigo.
Cúbrese de rojas banderas los himnos.
¡Mirad! Llegan envueltos en polvo y harapos los
primeros vencidos!

El día inicial inicia su gran luz de verano.
Venga mi muerto grave, suave, haitiano
y alce otra vez hecha puño tempestuoso la mano.
Cantemos nuestra fraterna canción, hermano.

*Florece plantada la vieja lanza.
Quema en las manos la esperanza.
La aurora es lenta, pero avanza.*

Cantemos frente a los frescos siglos recién despiertos,
bajo la estrella madura suspendida en la nocturna
fragancia
y a lo largo de todos los caminos abiertos en la
distancia.
Cantemos, pues, querido,
pisando el látigo caído
del puño del amo vencido,
una canción que nadie haya cantado:

(Florece plantada la vieja lanza)
una húmeda canción tendida
(Quema en las manos la esperanza)
de tu garganta en sombras, más allá de la vida,
(La aurora es lenta, pero avanza)
a mi clarín terrestre de cobre ensangrentado.

ELEGÍA CAMAGÜEYANA

¡Oh Camagüey, oh suave
comarca de pastores y sombreros!
No puedo hablar, pero me gritan
la noche, este silencio;
no puedo hablar, pero me obligan
el perfil de mi padre, su índice de recuerdo;
no puedo hablar, pero me llaman
su detenida voz y el sollozo del viento.

¡Oh Camagüey, oh santo
camposanto, santo, santo! Beso
tu piedra secular, tu frente ennegrecida;
piiso con mis zapatos de retorno,
con mis pies de ida y vuelta,
el gran reposo de tu pecho.
Me veo partir como un jinete. Busco
en tu violada niebla matinal
una calle y la sigo
por entre el laberinto de mi infancia,
por entre las iglesias torrenciales,
por entre los machetes campesinos,
por entre plazas, sangres, gritos
de otro tiempo.

Es un sueño.
Oh, mi pueblo.

La voz de una guitarra suspendida
suena, llora en el aire:

*Clavel de la madrugada,
el de celeste arrebol,
ya quema el fuego del sol
tu gran corola pintada.
Mi bandurria desvelada,
espejo en que yo me miro,
desde el humilde retiro
de la ciudad que despierta,
al recordar a mi muerta,
se me rompe en un suspiro.*

Andando voy. Encuentro
caballos soñolientos
y vendedores soñolientos
y borrachos de vuelta, soñolientos:
caigo, lloro; tropiezo
con gentes de otro tiempo,
con gentes de allá lejos,
que ruedan, se deslizan
de otro tiempo.

Es un sueño.
Oh, mi pueblo.

Si yo pudiera
confiar a una guitarra compañera
mi pena simple, cantaría:

*Aquí estoy, ¡oh tierra mía!,
en tus calles empedradas,
donde de niño, en bandadas
con otros niños, corría.*

*¡Puñal de melancolla
éste que me va a matar,
pues si alcancé a regresar,
me siento, desde que vine,
como en la sala de un cine,
viendo mi vida pasar!*

Repito nombres ya desabrigados,
a la intemperie; nombres como huesos
de antepasados prehistóricos.

(Mi prehistoria: ayer apenas,
hoy mismo todavía y mañana tal vez.)

¿Dónde está Níco López, farmacéutico
y amigo? ¿Dónde está, por ejemplo,

Esteban Cores, empleado
municipal, redonda cara roja,
con su voz suave y ronca?

¿Adónde fue mi abuela pequeñita,
caminadora pequeñita,

Pepilla pequeñita,
con su tos asfixiada y su pañuelo
de cáncer ya en el cuello,
mi abuela pequeñita?

¿Y el policía Caanmañ, con altos ojos verdes
y boca de dos dientes?

¿Y dónde está Zamora, el policía
negro, corpachón de gigante,
sonrisa de hombre bueno?

(¡Zamora, que allá viene Zamora!
Era el grito de espanto

sobre mis juegos, terror de mis esparcimientos.)

¿Y mi compadre Agustín Pueyo,

que hablaba de Aristóteles
en las tertulias de "Maceo"?
De repente me acuerdo
de Serafín Toledo,
su gran nariz, su carcajada,
sus tijeras de sastre,
lo veo.

De Tomás Vélez tengo
(de Tomás Vélez, mi maestro)
el pizarrón con logaritmos
y un colmenar oscuro de abejas matemáticas
en el Callejón de la Risa.

Apeles Pla me espera,
pintor municipal de viento y polvo,
el Enemigo Bueno,
diablo mayor, que me enseñó
la primera mujer y el primer trago.
¿Y aquel ancho periódico
donde el señor Bielsa desataba
ríos editoriales? ¿Dónde está el coche,
con su tin-tán, tin-tán,
con su tin-tán el coche
de don Miguel Ramírez, médico
quebradizo y panal que tuvo fuerzas
para arrancarme de raíz? Encuentro
en un recodo del recuerdo,
frente a un muro de plomos alfabetos,
a Próspero Carreras, el tipógrafo
casi mongol, breve chispazo eléctrico
allá en la suave imprenta provinciana
de mi niñez. Ahí pasa
Cándido Salazar, que repartía
de barrio en barrio y sueño liberal,
que repartía
con su perfil de emperador romano,
repartía

bajo un cielo de estrellas y murciélagos,
en la noche reciente repartía
rosas de tinta y sangre
cortadas por mi padre para el pueblo.
Calle del Hospital, recorro
tu antigua piel de barro mordida por el viento;
no olvidé, no he olvidado,
calle de San Ignacio,
el gran balcón aéreo
de la terrestre casa donde soñó don Sixto,
que fue abogado y mi padrino.
Búscame, calle de San Miguel, de nuevo
aquel pupitre público
lleno de cicatrices cortaplumas
y el aula pajarera, fino trueno
colmenar y la ancha voz metálica
de Luis Manuel de Varona.

Vengo de andar y aquí me quedo,
con mi pueblo.
Vengo con mis recuerdos,
vengo con mis heridas y mis versos.

*Mi madre está en la ventana
de mi casa cuando llego;
ella, que fue llanto y ruego,
cuando partí una mañana.
De su cabellera cana
toma ejemplo el algodón,
y de sus ojos, que son
ojos de suave paloma,
latiendo de nuevo, toma
nueva luz mi corazón.*

Vengo de andar y aquí me hundo, en esta espuma.
Vengo de andar y aquí me tiendo, en esta hierba.

Aquí vengo a jugar, en esta plaza.
Aquí vengo a cantar, bajo estas nubes,
junto a verdes guitarras temblorosas,
de muslos entreabiertos.
Gente de urgencia diaria,
voces, gargantas, uñas
de la calle, límpidas almas cotidianas,
héroes no, fondo de historia,
sabed que os hablo y sueño,
sabed que os busco en medio de la noche,
en medio de la noche,
sabed que os busco en medio de la noche,
la noche, este silencio,
en medio de la noche y la esperanza.

ELEGÍA A JESÚS MENÉNDEZ

Nacido entre las cañas, muerto luchando por ellos, Jesús Menéndez fue el más alto líder de los trabajadores cubanos del azúcar. Cayó asesinado en la ciudad de Manzanillo, el 22 de enero de 1948.

I

*...armado
más de valor que de acero.*

GÓNGORA.

Las cañas iban y venían
desesperadas, agitando
las manos.
Te avisaban la muerte,
la espalda rota y el disparo.
El capitán de plomo y cuero,
de diente y plomo y cuero te enseñaban:
de pezuña y mandíbula,
de ojo de selva y trópico,
sentado en su pistola el capitán.
¡Con qué voz te llamaban,

te lo decían,
cañas
desesperadas,
agitando las manos!
Allí estaba,
la boca líquida entreabierta,
el salto próximo esculpido
bajo la piel eléctrica,
sentado en su pistola el capitán.
Allí estaba,
las narices venteando
tus venas inmediatas,
casi ya derramadas,
el ojo fijo en tu pulmón,
el odio recto hacia tu voz,
sentado en su pistola el capitán.
Cañas
desesperadas
te avisaban,
agitando las manos.
Tú andabas entre ellas. Sonreías
en tu estatura primordial y ardías.
Violento azúcar en tu voz de mando,
con su luz de relámpago nocturno
iba de yanqui en yanqui resonando.
De pronto, el golpe de la pólvora. El zarpazo
puesto en la punta de un rugido,
y el capitán de plomo y cuero,
el capitán de diente y plomo y cuero,
ya en tu incansable, en tu marítima,
ya en tu profunda sangre sumergido.

II

...Hubo muchos valores que se destacaron.

New York Herald Tribune.
(Sección financiera)

Al fin sangre solar caída,
disuelta en agrio charco sobre azúcar.
Al fin arteria rota;
sangre anunciada, en venta
una mañana de la Bolsa
de Nueva York. Sangre anunciada, en venta
desde esa cinta vertiginosa
que envenena y se arrastra como una
víbora interminable de piel veloz marcada
con un tatuaje de números y crímenes.

Títulos que mejoran
o bajan medio punto.
Bonos sin vencimiento que ganaron
hasta el cinco por ciento de interés en un año.
La Cuban Atlantic Company,
ayer martes,
operó, por ejemplo,
a veintinueve y medio con baja de dos puntos.
La Punta Alegre Sugar Company
cerró con alza de un octavo de punto.
El Wall Street Journal anuncia
que la *Minnesota and Ontario Paper Company*
ganó cuatro millones
más que el año anterior. (El *New York Times*
bate palmas y chilla: ¡Vamos bien!)
Dow Jones comunica por un hilo exclusivo

que la *Fedders Quigan Corporation*
he retirado su propuesta para
advertir las acciones comunes.

La *Cuban Railroad Company*
estuvo activa y firme.

La *Mullings Manufacturing Company*
recibió del Ejército

un colosal pedido

para fabricar proyectiles de artillería.

En fin, cotizaciones varias:

Cuban Company Communes:

abre con 5 puntos,

cierra con $5 \frac{3}{8}$.

West Indies Company,

abre con 69 puntos,

cierra con $69 \frac{5}{8}$.

United Fruit Company,

abre con 31 puntos,

cierra con $31 \frac{1}{8}$.

Cuban American Company,

abre con 21 puntos,

cierra con $21 \frac{3}{4}$.

Foster Welles Company,

abre con 40 puntos,

cierra con $41 \frac{5}{8}$.

De repente

un gran trueno cuarteó el techo frágil,

un rayo cae

desde aquel bajo cielo sulfúrico

hasta el salón congestionado:

Sangre Menéndez, hoy, al cierre,

150 puntos $\frac{7}{8}$ con tendencia al alza.

El coro allí de

comerciantes

usureros

papagayos
lynchadores
amanuenses
policías
capataces
proxenetas
recaderos
delatores
accionistas
mayorales
trúmanes
macártures
eunucos
bufones
tahúres.

El coro allí de gente

seca
sorda
ciega
dura;

el coro allí junto a la abierta espalda
del alto atleta vegetal, vendiendo
borbotones de angustia, pregonando
coágulos cotizables, nervios, huesos de aquella
descuartizada rebeldía;

una mordida

no más en el pulmón ya perforado.

Y el capitán detrás de las medallas,

cóncavo en la librea,

el pensamiento en la propina,

la voz a ras con las espuelas:

*—Please, please! Come on, ladies and gentlemen!
Oh please! Come on, come on, come on!*

Finalmente, este cauteloso suspiro de angustia se escapó de un diario de la tarde:

"Aunque las ganancias ayer fueron impresionantes, el volumen relativamente bajo de un millón seiscientas mil acciones da motivo para reflexionar. A pesar de la variedad de razones expresadas, parece muy probable que la mejoría haya sido de naturaleza técnica, y puede o no resultar de un viraje de la tendencia reciente, dependiendo de que los promedios logren penetrar sus máximos anteriores..."

El capitán partió rumbo al cuartel con una aguja de cuajada sangre pinchándole los ojos.

III

*...si no hay entre nosotros
hombre a quien este bárbaro no afrente?*

LOPE DE VEGA.

MIRAD al Capitán del Odio,
entre un buitre y una serpiente;
amargo gemido lo busca,
metálico viento lo envuelve.
En una ráfaga de pólvora
su rostro lívido se pierde;
parte a caballo y es de noche,
pero tras él corre la Muerte.

Allá donde anda su revólver
en diálogos con su machete

y le velan cuatro fusiles
el pesado sueño que duerme,
libre prisión un alto muro
su duro asilo le concede.
¡Oh capitán, el bien guardado!
Pero tras él corre la Muerte.

Quien le cuajara en nueve lunas
el violento perfil terrestre,
si doce meses lo maldice
también lo llora doce meses.
Un angustiado puente líquido
de rojas lágrimas le tiende:
lo pasa huyendo el capitán,
pero tras él corre la Muerte.

Quien le engendró dientes de lobo
soñándole angélica veste,
el ojo fijo arder le mira
y en lenta baba revolverse.
Baja, buscándole en el bosque
cubil seguro en que esconderle:
huye hasta el bosque el capitán,
pero tras él corre la Muerte.

Un mozo de dorado bozo,
de verde tronco y hojas verdes,
derrama en el viento su voz,
llora por la sangre que tiene.
¡Ay, sangre (sollozando dice),
cómo me quemas y me dueles!
El capitán huye en un grito,
pero tras él corre la Muerte.

Quien de sus rosas amorosas
le regaló la de más fiebre,

teje una cruel corona oscura
y es con vergüenza como teje.
Le resplandece el corazón
en la gran noche de la frente;
huye sin verla el capitán,
pero tras él corre la Muerte.

En medio de las cañas foscas
galopa el hirsuto jinete;
va con un látigo de fósforo
y el odio cuando pasa enciende.
Jesús Menéndez se sonríe,
desde su pulmón amanece:
huye de un golpe el capitán,
pero tras él corre la Muerte.

IV

*Un corazón en el pecho,
de crímenes no manchado.*

PLÁCIDO.

Jesús es negro y fino y prócer, como un bastón de ébano, y tiene los dientes blancos y corteses, por lo que su boca se abre siempre amanecida; -

Jesús brilla a veces con ojos tristes y dulces; a veces óyese bramar en sus ojos un agua embravecida;

Jesús dice *carro, río, ferrocarril, cigarro*, como un francés renuente a olvidar su lengua de niño, nunca perdida;

pero es cubano y su padre habló con Maceo; su

padre, que llevaba en el hombro una estrella de oro,
una ardiente estrella encendida;

alguna vez anduve con Jesús transitando de sueño
en sueño su gran provincia llena de hombres que
le tendían la mocha encallecida;

su gran provincia llena de hombres que gritaban
¡Oh Jesús!, como si hubieran estado esperando
largamente su venida;

viósele entonces hablarles sin tribuna y tan cerca
de ellos que les contaba los poros y les olía la piel
agria y repartida;

se le vió luego sentárseles a la mesa de blanco
arroz y oscura carne; a la mesa sin vino ni mantel,
y presidirles la comida;

Jesús nació en el centro de su isla y allí se le
descubre desde el mar, en los días claros, cubierto de
nubes fijas;

¡subid, subidlo y contemplaréis desde su frente
con qué fragor hierve a sus pies y se renueva en
ondas interminables la vida!

V

*-Vuelve a buscar a aquel que lo ha herido,
y al punto que miró, le conocía.*

ERCILLA.

Los grandes muertos son inmortales: no mueren
nunca. Parece que se marchan; parece que se los
llevan, que se pudren, que se deshacen. Pensamos que
la última tierra que les llena la boca va a enmude-
cerlos para siempre. Pero la lengua se les hincha, les
crece; la lengua se les abre como una semilla bárbara

y expulsa un árbol gigantesco, un árbol duro, cargado de plumas y de nidos. ¿Quién vio caer a Jesús? Nadie le viera, ni aun su asesino. Quedó en pie, rodeado de cañas insurrectas, de cañas coléricas. Y ahora grita, resuena, no se detiene. Marcha por un camino sin término, hecho de tiempo sutil, polvoriento de instantes menudos, como una arena fina. No esperes a que Jesús te bendiga y te oiga cada año, luego de la romería y el sermón y la salve y el incienso, porque él no espera tanto tiempo para hablarte. Te habla siempre, como un dios cotidiano, a quien puedes tocar la piel húmeda temblorosa de latidos, de pequeñas mariposas de fuego aleteándole en las venas; te habla siempre como un amigo puro que no desaparece. El desaparecido es el otro. El vivo es el muerto, cuya persistencia mineral es apenas una caída anticipada, un adelanto lúgubre. El vivo es el muerto. Rojo de sangre ajena, habla sin voz y nadie le atiende ni le oye. El vivo es el muerto. Anda de noche en noche y amenaza en el aire con un puño de agua podrida. El vivo es el muerto. Con un puño de limo y cloaca, que hiede como el estómago de una hiena. El vivo es el muerto. ¡Ah, no sabéis cuántos recuerdos de metal le martillean a modo de pequeños martillos y le clavan largos clavos en las sienes!

Caña Manzanillo ejército
bala yanqui azúcar
crimen Manzanillo huelga
ingenio partido cárcel
dólar Manzanillo viuda
entierro hijos padres
venganza Manzanillo zafra.

Un torbellino de voces que lo rodean y golpean,
o que de repente se quedan fijas, pegadas al vidrio

celeste. Voces de macheteros y campesinos y cortadores y ferroviarios. Ásperas voces también de soldados que aprietan un fusil en las manos y un sollozo en la garganta.

Yo bien conozco a un soldado,
compañero de Jesús,
que al pie de Jesús lloraba
y los ojos se secaba
con un pañolón azul.
Después este *son* cantaba:

Pasó una paloma herida,
volando cerca de mí;
roja le brillaba un ala,
que yo la vi.

Ay, mi amigo,
he andado siempre contigo:
tú ya sabes quién tiró,
Jesús, que no he sido yo.
En tu pulmón enterrado
alguien un plomo dejó,
pero no fue este soldado,
pero no fue este soldado,
Jesús,
¡por Jesús que no fui yo!

Pasó una paloma herida,
volando cerca de mí;
rojo le brillaba el pico,
que yo la vi.

Nunca quiera
contar si en mi cartuchera
todas las balas están:

nunca quiera, capitán.
Pues faltarán de seguro
(de seguro faltarán)
las balas que a un pecho puro,
las balas que a un pecho puro,
mi flor,
por odio a clavarse van.

Pasó una paloma herida,
volando cerca de mí;
rojo le brillaba el cuello,
que yo la vi.

¡Ay, qué triste
saber que el verdugo existí
Pero es más triste saber
que mata para comer.
Pues que tendrá la comida
(todo puede suceder)
un gusto a sangre caída,
un gusto a sangre caída,
caramba,
y a lágrima de mujer.

Pasó una paloma herida,
volando cerca de mí;
rojo le brillaba el pecho,
que yo la vi.

Un sinsonte
perdido murió en el monte,
y vi una vez naufragar
un barco en medio del mar.
Por el sinsonte perdido
ay, otro vino a cantar

y en vez de aquel barco hundido,
y en vez de aquel barco hundido,
mi bien,
otro salió a navegar.

Pasó una paloma herida,
volando cerca de mí;
iba volando, volando,
volando, que yo la vi.

VI

*Y alumbrando el camino de la fácil conquista,
la Libertad levanta su antorcha en Nueva York.*

RUBÉN DARÍO.

Jesús trabaja y sueña. Anda por su isla, pero también se sale de ella, en un gran barco de fuego. Recorre las cañas miserables, se inclina sobre su dulce angustia, habla con el cortador desollado, le anima y le sostiene. De pronto, llegan telegramas, noticias, voces, signos sobre el mar de que lo han visto los obreros de Zulía, cuajados en gordo aceite, contar las veces que el balancín petrolero, como un ave de amargo hierro, pica la roca hasta llegarle al corazón. De Chile se supo que Jesús visitó las sombrías oficinas del salitre, en Tarapacá y Tocopilla, allá donde el viento está hecho de ardiente cal, de polvo asesino. Dicen los bogas del Magdalena que cuando lo condujeron a lo largo del gran río, bajo el sol de grasa de coco, Jesús les recordó el plátano servil y el café esclavo en el valle del Cauca, y el

negro dramático, acorralado al borde del Caribe, mar pirata. Desde el Puente Rojo exclama Dessalines: "¡Traición, traición todavía!" Y lo presenta a Defiléé, loca y trágica, que le veló la muerte haitiana llena de moscas. Hierven los *morros* y *favelas* en Río de Janeiro, porque allá anunciaron la llegada de Jesús, con otros trabajadores, en el tren de la Leopoldina. Puerto Rico le enseña sus cadenas, pero levanta el puño ennegrecido por la pólvora. Un indio de México habló sin mentarse. Dijo: "Añoche le tuve en mi casa." A veces se demora en el Perú, de plata fina y sangrienta. O bajando hacia la punta sur de nuestro mapa, júntase a los peones en los pagos enérgicos y les acompaña la queja viril en la guitarra decorosa. ¿Adónde vuela ahora, adónde va volando, más allá del cinturón de volcanes con que América defiende su ombligo torturado por la *United Fruit* desde el Istmo roto hasta la linde azteca? Vuela ahora, sube por el aire oleaginoso y correoso, por el aire grasiento, por el aire espeso de los Estados Unidos, por ese negro humo. Un vasto estrépito le hace volver los ojos hacia las luces de Washington y Nueva York, donde bulle el festín de Baltasar.

Ahí ve que de un zarpazo Norteamérica
alza una copa de negro metal;
la negra copa del violento hidrógeno
con que brinda el Tío Sam.
Lúbrico mono de pequeño cráneo
chilla en su mesa: *¡Por la muerte va!*
Crepuscular responde un coro múltiple:
¡Va por la muerte, por la muerte va!

Aire de buitre removiendo el águila
mira de un mar al otro mar;

encapuchados danzan hombres fúnebres,
baten un fúnebre timbal
y encendiendo las tres letras fatídicas
con que se anuncia el Ku Klux Klan,
lanzan al Sur un alarido unánime:
¡Va por la muerte, por la muerte va!

Arde la calle donde nace el dólar
bajo un incendio colosal.
En la retorta hierve el agua química.
Establece la asfixia el gas.
Alegre está Jim Crow junto a un sarcófago.
Lo viene Lynch a saludar.
Entre los dos se desenreda un látigo:
¡Va por la muerte, por la muerte va!

Fijo en la cruz de su caballo Walker
abrió una risa mineral.
Cultiva en su jardín rosas de pólvora
y las riega con alquitrán;
sueña con huesos ya sin epidermis,
sangre en un chorro torrencial;
bajo la gorra, un pensamiento bárbaro:
¡Va por la muerte, por la muerte va!

Jesús oye el brindis, las temibles palabras, el largo trueno, pero no desanda sus pasos. Avanza seguido de una canción ancha y alta como un pedazo de océano. ¡Ay, pero a veces la canción se quiebra en un alarido, y sube de Martinsville un seco humo de piel cocida a fuego lento en los fogones del diablo! Allá abajo están las amargas tierras del Sur yanqui, donde los negros mueren quemados, emplumados, violados, arrastrados, desangrados, ahorcados, el cuerpo campaneando trágicamente en una torre de espanto. El jazz estalla en lágrimas, se muere

los gordos labios de música y espera el día del Juicio Inicial, cuando su ritmo en síncopa ciña y apriete como una cobra metálica el cuello del opresor. ¡Danzad despreocupados, verdugos crueles, fríos asesinos! ¡Danzad bajo la luz amarilla de vuestros látigos, bajo la luz verde de vuestra hiel, bajo la luz roja de vuestras hogueras, bajo la luz azul del gas de la muerte, bajo la luz violácea de vuestra putrefacción! ¡Danzad sobre los cadáveres de vuestras víctimas, que no escaparéis a su regreso irascible! Todavía se oye, oímos todavía; suena, se levanta, arde todavía el largo rugido de Martinsville. Siete voces negras en Martinsville llaman siete veces a Jesús por su nombre y le piden en Martinsville, le piden en siete gritos de rabia, como siete lanzas, le piden en Martinsville, en siete golpes de azufre, como siete piedras volcánicas, le piden siete veces venganza. Jesús nada dice, pero hay en sus ojos un resplandor de grávida promesa, como el de las hoces en la siega, cuando son heridas por el sol. Levanta su puño poderoso como un seguro martillo y avanza seguido de duras gargantas, que entonan en un idioma nuevo una canción ancha y alta, como un pedazo de océano. Jesús no está en el cielo, sino en la tierra; no demanda oraciones, sino lucha; no quiere sacerdotes, sino compañeros; no erige iglesias, sino sindicatos: *Nadie lo podrá matar.*

VII

*Apriessa cantan los gallos
e quieren crebar albores.*

POEMA DEL CID.

¡Qué dedos tiene, cuántas
uñas saliéndole del sueño! Brilla
duro fulgor sobre la hundida zona
del aire en que quisieron destruirle
la piel, la luz, los huesos, la garganta.
¡Cómo le vemos, cómo habrá de vérselo
pasar aullando en medio de las cañas,
o bien quedar suspenso remolino,
o bien bajar, subir,
o bien de mano en mano
rodar como una constante moneda,
o bien arder al filo de la calle
en demorada llamarada,
o bien tirar al río de los hombres,
al mar, a los estanques de los hombres
canciones como piedras,
que van haciendo círculos de música
vengadora, de música
puesta, llevada en hombros como un himno!

Su voz aquí nos acompaña y ciñe.
Estrujamos su voz
como una flor de insomnio
y suelta un zumo amargo,
suelta un olor mojado,
un agua de palabras puntiagudas
que encuentran en el viento
el camino del grito,
que encuentran en el grito

el camino del canto,
que encuentran en el canto
el camino del fuego,
que encuentran en el fuego
el camino del alba,
que encuentran en el alba un gallo rojo,
de pólvora, un metálico
gallo desparramando el día con sus alas.

Venid, venid y en la alta
torre estaréis, campana y campanero;
estaremos, venid,
metal y huesos juntos que saludan
el fino, el esperado amanecer
de las raíces; el tremendo hallazgo
de una súbita estrella;
metal y huesos juntos que saludan
la paloma de vuelo popular
y verde ramo en el aire sin dueño;
el carro ya de espigas
lleno recién cortadas;
la presencia esencial
del acero y la rosa:
metal y huesos juntos que saludan
la procesión final, el ancho séquito
de la victoria.

Entonces llegará,
General de las Cañas, con su sable
hecho de un gran relámpago bruñido;
entonces llegará,
jinete en un caballo de agua y humo,
lenta sonrisa en el saludo lento;
entonces llegará para decir,
Jesús, para decir:
—Mirad, he aquí el azúcar ya sin lágrimas.
Para decir:

—He vuelto, no temáis.

Para decir:

—Fue largo el viaje y áspero el camino.

Creció un árbol con sangre de mi herida.

Canta desde él un pájaro a la vida.

La mañana se anuncia con un trino.

ORDEN DEL LIBRO

LA PALOMA DE VUELO POPULAR

	Pág.
Arte poética	9
Un largo lagarto verde	11
Cañaveral	13
Deportes	15
Canción de cuna para despertar a un negrito	19
La muralla	21
El banderón	23
Casa de vecindad	25
La policía	27
Exilio	29
Canción puertorriqueña	31
Little Rock	33
Ríos	35
Pequeña letanía grotesca en la muerte del senador Mc Carthy	37
Bares	39
<i>Tres canciones chinas:</i>	
1. Canción china a dos voces	41
2. La canción de Wang Tse-Yu	42
3. La canción del regreso	43
Mau-Maus	45
Ciudades	47
Hacia el Paraguay lejano	49
Chile	51

	Pág.
Cerro de Santa Lucía	53
Panimávida	55
A Guatemala	57
Balada guatemalteca	59
Canción carioca	61
Un son para Portinari	63
Paul Éluard	65
Pero señor	67
Canción para Benito Marianetti, Señor de los Cerezos en Flor	71
Canción de vísperas	73
Doña María	75
Paloma del palomar	77
Epitafio para Lucía	79
La pequeña balada de Plóvdiv	81
Ronda	83
En el campo	85
Tres poemas mínimos	87
Muerte	89
Epístola	91
Sputnik 57	95
De vuelta	103

ELEGÍAS

Elegía cubana	109
El apellido	115
Elegía a Emmett Till	121
Elegía a Jacques Roumain	125
Elegía camagüeyana	133
Elegía a Jesús Menéndez	139



Nicolás Guillén nació en la ciudad de Camagüey, Cuba, en 1902. Aprendió fotografía en la imprenta de su padre y alternó luego su ejercicio con el estudio del bachillerato. En 1921 comenzó la carrera de Derecho, que abandonó para dedicarse a la poesía y al periodismo. Los poemas de esta época están recogidos en un libro inédito. En 1930 publicó **Motivos del son**, breve colección de pequeños poemas, cuyo interés reside en el ritmo con que están escritos, el de los "sones" de su isla natal. La novedad no pasó inadvertida, antes bien fue señalada, a veces con escándalo, en la crítica nacional y extranjera. Al año siguiente, desarrollando los esquemas iniciales de los motivos, apareció **Sóngoro cosongo**, que suscitó una carta laudatoria de don Miguel de Unamuno. En 1934, al publicar **West Indies Ltd.**, Guillén señaló un cambio profundo en su poética; que adquiere un tono social. En 1937, siempre en la misma línea, publicó **Cantos para soldados y sones para turistas**. En seguida partió hacia España, en plena guerra, imprimiendo en Valencia **España, poema en cuatro angustias y una esperanza**. En 1947 apareció **El son entero**, libro inédito al que se añadió toda su obra anterior. En el presente volumen se recoge la última producción de Guillén, tanto los poemas de **La paloma de vuelo popular**, libro hecho y rehecho varias veces, como los más extensos de los **Elegías**. En numerosos escritos y conferencias, Guillén ha sostenido que en Cuba la llamada poesía "negra" tiene un profundo carácter nacional, como ocurre también por las mismas causas en aquellos países (especialmente los que baña el Caribe) donde los esclavos africanos y los amos europeos permanecieron en contacto durante más de tres siglos. Guillén ha recorrido gran parte del mundo, y su obra, de un desbordante contenido humano y de una fresca rítmica inimitable, lo sitúa entre los grandes poetas modernos del idioma español.